

Cultura y Cooperativismo

Por Gonzalo Guerrero

1. Introducción. – 2. Cultura y Sociedad. – 3. Definición de cultura. – 4. Cultura y hecho cooperativo. – 5. El surgimiento del movimiento cooperativo. – 6. Cultura, libertad, estado, cooperativismo. – 7. La acción cultural.

1. Introducción

Al analizar las relaciones entre el cooperativismo y el sistema cultural, debemos recordar que la Alianza Cooperativa Internacional ha destacado el doble carácter de la cooperación:

- a) Como movimiento social, democráticamente dirigido.
- b) Como forma específica de organización (empresa).

En ambas facetas, el accionar cooperativo está orientado pro una configuración coherente de ideas (conceptos, valores), expresada en principios y programas de acción. Esta configuración no llega a ser un sistema ideológico cerrado; está influenciada por las diversas corrientes de pensamiento que actúan en la sociedad; a pesar de lo cual, su coherencia, congruente con los intereses comunes de los grupos sociales que le dan base, posibilita el establecimiento de estrategias globales en su accionar, tanto a nivel regional y sectorial, como nacional e internacional.

Las diversas expresiones del movimiento, formas empresariales, y la elaboración y reelaboración constante del cuerpo de ideas conceptual y programático presente diversas modalidades vinculadas a épocas históricas, sociedades y medios socio-culturales concretos. Más aún, coyunturas diversas determinan la elaboración de estrategias y tácticas inéditas o no transitadas por el grupo.

2. Cultura y Sociedad

Es necesario diferenciar analíticamente la cultura de la sociedad, con el objeto de interpretar la dinámica de la interacción entre ambas y rescatar en última instancia su unidad y su modo de articulación recíproca (Escobar y otros, 1977).

La cultura puede ser considerada como “el proceso acumulativo de conocimientos, formas de comportamiento y valores que constituyen el legado histórico de cualquier grupo humano”. Son las diversas formas de la actividad del hombre y sus productos (materiales, sociales y espirituales) compartidos por los miembros de una determinada sociedad.

La sociedad puede ser entendida como el conjunto de relaciones que “se establecen entre los distintos individuos, clases o sectores que conforman su estructura y organización en un determinado momento. Tales relaciones están condicionadas fundamentalmente por los principios, variables a través del tiempo y del espacio, de la estratificación social y de las formas del funcionamiento del proceso productivo” (Escobar y otros, ídem, pág. 48).

El funcionamiento de una sociedad a través del tiempo da lugar a un conjunto cultural, que, por su carácter acumulativo, llega a separarse de su filiación directa, asumiendo una dinámica propia que influye a su vez en las formas específicas del sistema de relaciones sociales (la sociedad).

Es decir que la cultura está determinada históricamente y se encuentra en permanente proceso de cambio. A pesar de su carácter acumulativo, su desarrollo es contradictorio y con procesos de estructuración y deestructuración, que corresponden a formas de relaciones de fuerza entre los actores sociales, formas que expresan el poder de inserción de los mismos en el sistema económico, en el poder político, en los subsistemas educativo, científico técnico, etc.

La cultura es abierta, presentando relaciones de interdependencia con otras esferas de su sociedad y con elementos culturales de otras. Lo que le da unidad es su carácter sintético (interrelaciona aspectos y procesos) lo que permite la verificación de determinadas regularidades.

3. Definición de Cultura

Existen numerosísimas definiciones de este concepto. Sólo en una disciplina (la antropología) se habían recopilado en 1952 más de 160 definiciones. En el caso de la filosofía, desde el siglo V A. de C. se encuentran caracterizaciones y propuestas de delimitar esta noción. A partir de la segunda mitad del siglo pasado surge la historia de la cultura. Podemos decir que no hay ciencia social o disciplina del campo de las humanidades que no la haya considerado ni concepción filosófica y teológica que la haya dejado de lado en su marco teórico.

La primera aproximación al concepto de cultura –dada ya en Aristóteles– parte de la diferenciación necesaria entre mundo animal y mundo humano. ⁽¹⁾

La cultura es a su vez, producto de la actividad del hombre y condición de su existencia como tal, es decir, humanización puesto que lo que constituye la unidad del género humano es, pro igual, lo que tiene la impronta de sus manos y de sus psique (Martínez Estrada, 1967, pág. 7).

A través de la creación de toscas herramientas de trabajo, el hombre primitivo desarrolla el primero de los medios culturales, el medio material-tecnológico, que le permite “...dominar a la naturaleza, y para empezar distinguirse de ella...” (Ki-Zerbo, 1979, pág. 39).

A partir de esta aproximación se puede intentar una definición amplia, entendiendo a la cultura como “la parte del ambiente hecha por el hombre” (Herskovits, 1952).

Pero, como lo señalamos más arriba no incluimos en el concepto solamente el trabajo materializado (productos de uso cotidiano, herramientas, obras de arte, tradiciones, teorías, etc.) sino la propia actividad del hombre, expresada en acciones y modos de proceder.

(1) Desde la filosofía griega “la cultura es concebida como otra naturaleza habitada por el hombre, como su habitat natural, diferenciándose claramente el reino del espíritu del reino de las cosas y de los seres sobrenaturales” (Martínez Estrada, 1967, pág. 6).

De allí se derivan tres dimensiones:

1) La cultura como la herencia social de la humanidad, como su acervo común, acumulativo, extrabiológico (dimensión universal).

2) La cultura como conjunto de creaciones, valores y modos (pautas) de conducta admitidos y reconocidos por una comunidad (nación, nacionalidad, grupo socioeconómico, ocupacional, etc.) dada (dimensión particular).

3) La cultura personal del individuo que funciona en el marco de la segunda (dimensión individual) ⁽²⁾.

4. Cultura y hecho cooperativo

Para el cooperólogo italiano Ilario Bianco, debe destacarse en la definición de cultura, todos los modelos de referencia en el interior de una sociedad, los valores y creencias que la forman, y los símbolos y procesos dinámicos que permiten la transmisión de aquellos. Pone énfasis en aquellos aspectos concientes de la actividad del hombre que responden a pautas compartidas, en sus expresiones manifiestas y en los mecanismos de transmisión de dichas pautas (procesos educativos).

En su pensamiento, todo comportamiento manifiesto, en la medida en que está socialmente determinado, puede definirse como la expresión concreta de un sistema cultural dado. En este sentido las estructuras organizativas (en particular las económicas y sociales) que presuponen regularidad en el comportamiento social, no serían otra cosa que el resultado de una cultura determinada. En este plano Bianco incorpora el hecho cooperativo, que es, por una parte, producto específico de la cultura contemporánea, y por otro, factor potencial de renovación y desarrollo.

Ese doble carácter (producto y factor de cambio) abarca el hecho mismo de su existencia y de la promoción de sus principios. Como parte integrante del sistema cultural, es influenciado e influencia a su vez al conjunto del sistema, y/o a sus partes (Bianco, 1975, págs. 192/93).

También esta cualidad debe incluirse en su relación con la sociedad.

5. El surgimiento del movimiento cooperativo

Lo anterior es más claro si consideramos, por ejemplo, el contexto y las características del surgimiento del movimiento cooperativo.

Antonio Garibaldi señala que: "... las cooperativas surgieron casi al mismo tiempo (entre 1844 y 1850) en tres países europeos: Inglaterra, Francia y Alemania, como una respuesta constructiva de los sectores modestos de la comunidad ante la expansión y con-

(2) El considerar exclusivamente esta dimensión deriva el concepto de cultura al grado de instrucción del individuo; esta idea tiene su raíz en un ideal enciclopedista del "hombre culto" que continúa la tradición aristotélica y del humanismo del Renacimiento. Esta parcialización parte sin embargo, de la diferenciación objetiva –dada en el devenir histórico– entre el trabajo manual y el intelectual. En otro plano, también es lícito referirse a "cultura material" y "cultura espiritual".

centración de la industria, el comercio y las finanzas, que acentuaban la desocupación, envilecían los salarios y provocaban el desarrollo de la usura” (Garibaldi, 1965, pág. 18/19) ⁽³⁾.

Bases teóricas

Desde el punto de vista teórico-conceptual, el cooperativismo abreva en las fuentes de los críticos del sistema capitalista en expansión; en primer lugar, en las concepciones de los llamados utopistas (Fourier y Owen en particular). El movimiento está estrechamente vinculado a la formación de los sindicatos obreros (Owen fue fundador y presidente del primer consejo tradeunionista en Inglaterra) y de los primeros partidos denominados socialistas. Corrientes de crítica social provenientes del influenciaron el desarrollo desde sus comienzos del movimiento cooperativo, en la medida que tuvieron vigencia como expresiones ideológicas de los sectores componentes de su base social, corrientes que se expresaban también en los planos sindical y político.

Bases histórico -sociales

Si bien el movimiento extrae sus ideas cooperativas también de prácticas solidarias de la humanidad de raíces remotas, profundamente internalizadas en las labores campesinas, y que el grueso del proletariado industrial tanto en Inglaterra como en otros países europeos provino de los campesinos desarraigados de sus tierras, “...no se debe confundir la cooperación con los movimientos de solidaridad o ayuda que aparecen en todas las épocas de la historia como reacciones espontáneas de grupos humanos de dimensión reducida con las dificultades de la vida o las coyunturas de crisis brutal, pero que en ningún caso cuestionan las estructuras económicas y sociales” (Boudot, 1970, pág. 215).

El momento histórico del desarrollo de las primeras cooperativas está enmarcado en el proceso de luchas cartistas en Inglaterra; prelude y se incluye en la ola revolucionaria y antiabsolutista que abarca Europa Occidental y Central y se abre en las jornadas de febrero de 1848 en Francia, y que desarrolla los movimientos nacionales en Italia y Hungría y conmueve los cimientos de la Prusia de los Hohenzollern y el Austria de los Habsburgos, renueva las luchas liberadoras de Polonia, inquietando a la monarquía zarista. Sus ecos llegaron al pensamiento avanzado en América del Sur, como se verá más adelante.

La época es también de desarrollo de las ciencias humanas. Orta Nadal, refiriéndose al origen de la kulturgeschichte (historia de la cultura) señala que dos de sus precursores (Riehl y Freytag) lo hicieron influenciados por esa “conmoción social que es la Revolución de 1848...” (Orta Nadal, 1963). El período 1840-1860 asiste al surgimiento del folklore, la prehistoria, la etnografía, la antropología cultural...

Papel renovador

Los primeros cooperativistas hicieron algo más que unirse y establecer empresas en defensa de intereses de grupo. Coadyuvaron a los movimientos de renovación democrática de la sociedad, a través de una práctica concreta, el esclarecimiento y la educación. Las cooperativas editan periódicos, forman bibliotecas, desarrollan cursos de extensión científica...

(3) Garibaldi señala también que el sector social que se incorpora primeramente al movimiento cooperativo en Inglaterra y Francia es el obrero; mientras en Alemania, donde aun no había madurado la Revolución Industrial, predominan los agricultores, artesanos, comerciantes minoristas y la pequeña industria.

En el seno de una sociedad donde coexistía el régimen capitalista en desarrollo con formas atrasadas de opresión estatal, sobre todo en Europa continental, el cooperativismo jugó un papel en la difusión de los elementos democráticos de la cultura, en el seno de los sectores empobrecidos por ese proceso contradictorio y brusco que al promediar el siglo XIX, había puesto de cabeza en el continente europeo las viejas estructuras del “*ancien régime*”.

Favoreció la dinámica de una verdadera socialización de la cultura, iniciada por los enciclopedistas del siglo XVIII y que se expresan en el siglo XIX a través del desarrollo de la educación popular, “instrumento mediante el cual puede utilizarse la cultura en su amplitud de patrimonio de todos con el perfeccionamiento moral e intelectual de cada uno” (Martínez Estrada, op. Cit. Págs. 66/67).

El cooperativismo como elemento impulsor de la educación popular y como práctica no era un mero transmisor de las pautas tradicionales de los valores que pretendía inculcar al conjunto de la sociedad la nueva clase dirigente.

Las cooperativas como empresas no son formas organizativas socioeconómicas aplicables a cualquier realidad, sino a aquellas donde domina o se abre paso la producción mercantil. Esa verdadera escuela de la vida que es la práctica cooperativa, tomó los valores éticos de los sectores sociales que compusieron su contingente, y los reelaboró.

Bases morales

Lasserre destaca como fuente morales del movimiento cooperativo, dos tipos de rebeliones:

1) Contra la miseria, ya sea obrera o campesina. Fue el interés personal el que contribuyó a unir a los hombres en la acción colectiva. Sentían la debilidad de la negociación de los aislados frente al comerciante, el patrón, al estado, al usurero.

2) Contra la inmoralidad de los negocios y la injusticia económica y social del capitalismo.

El autor citado desentraña el origen de estas fuentes, remontándose a etapas de la historia de la civilización, y especialmente a las formas de defensa originadas a fines del siglo XVIII, cuando desaparecen las corporaciones, lo que hace que se creen los seguros mutuales y otros tipos de asociaciones, que juegan inicialmente, sobre todo en los artesanos, un papel en su formación profesional y cultural. Lasserre expresa que la moral cooperativa toma puntos comunes de los rasgos de “moral social” de los grupos actuantes en la sociedad del siglo XIX (obreros, campesinos, burguesía) reelaborándolos dando un verdadero mensaje cooperativo, cuyos valores más importantes son: ayuda mutua, acción colectiva, espíritu de empresa, libertad personal, solidaridad y justicia en el reparto de los bienes, y democracia en la toma de decisiones (Lasserre, 1976).

América del Sur

Las ideas utopistas penetran en América del Sur, tanto en Brasil, como en Chile y Argentina.

En Brasil, en 1847, “...un médico francés, Jean – Maurice Favre, inspirado en las ideas fourieristas, funda con un grupo de europeos, en el actual Estado de Paraná, una

colonia de base cooperativa llamada Teresa Cristina, que desapareció a la muerte de su fundador...” (Luz Filho, 1970, pág. 111).

Francisco Bilbao en Chile, escribe, en 1844, “La Sociabilidad Chilena”, obra inspirada por Lammenais; se traslada a Francia, donde participa en la gesta del 48’; en 1850 regresa a su patria, donde funda, con Santiago Arvod, la “Sociedad de la Igualdad”. (Encina, 1954, II).

En Argentina, en plena época de Rosas, un grupo de jóvenes renovadores, abrevan en las lecturas de Saint-Simon, Leroux, Mazzini, Lammenais... Son Echeverría, Alberdi, Juan María Gutiérrez, los que fundaran en 1837, la “Asociación de la Joven Generación Argentina”. Es precisamente Echeverría quien escribirá “El Dogma Socialista” y un ensayo sobre la revolución de febrero (1848) en Francia.

En 1847, actuaba en Montevideo un grupo de fourieristas. Ese mismo año regresa uno de ellos a su patria. Es el señor Tandonnet, quien se encuentra en el barco con un joven emigrado argentino, residente en Chile, quien es enviado por el gobierno de ese país a Europa y Estados Unidos, a fin de estudiar el estado de la instrucción pública. Se llamaba Domingo Faustino Sarmiento. Este, en su maravilloso libro de “Los Viajes...” nos ilustra acerca de este encuentro, que le da acceso al pensamiento de Fourier. Analiza en forma sagaz y crítica el pensamiento del gran utópico, rescatando sus elementos positivos, y la idea de la cooperación.

En la década del 50’, Alejo Peyret es nombrado por Urquiza director de la Colonia San José, verdadero laboratorio social, donde se aplica el gobierno propio.

A fines de la década del 70’ se crean en Buenos Aires, por inmigrantes franceses, alemanes y de otras nacionalidades, las primeras cooperativas obreras de consumo. Sarmiento, ya viejo, cuando visita en 1886 los ingenios azucareros de la provincia de Tucumán, y describe las miserables condiciones de vida de sus trabajadores, sugiere que se formen cooperativas de consumo y de vivienda, como las que ya “existían en Buenos Aires”, a las que elogia en párrafos encendidos. ⁽⁴⁾

La expansión del movimiento cooperativo

En 1860,. Schulze intenta dar en Riga una conferencia sobre las cooperativas de crédito, que es prohibido por las autoridades zaristas. Es precisamente en esa vieja ciudad del Báltico, donde en 1865 se funda la primera sociedad cooperativa de consumo del Imperio de todas las Rusias.

Europa central y oriental, las dos Américas... A fines de siglo se forman las uniones nacionales de cooperativas y se dan las bases para la creación en 1895, de la Alianza Cooperativa Internacional.

La amplitud y el carácter renovador del movimiento se hace patente en su desarrollo histórico.

(4) *Pensamos analizar estos aportes en un trabajo “Cooperativismo y Cultura Nacional”, en preparación.*

Agrupación de los débiles, encuentra, por sus realizaciones prácticas y la base sólida de su ideario, eco en diversos sectores de la sociedad, incluyendo a creadores de cultura, políticos, gobernantes, etc. ⁽⁵⁾

La Alianza agrupa a más de 300 millones de cooperadores, provenientes de más de 70 países, de diversos sistemas económicos y en todos los continentes.

Esta amplitud hace que coexistan diversas corrientes de pensamiento, “que partiendo de sistemas o concepciones filosóficas distintas, cuando no antagónicas, coinciden en reconocer al cooperativismo como un instrumento de organización socioeconómica eficaz para la protección de los legítimos intereses de sus integrantes y a la vez para influir en el desarrollo de la sociedad en beneficio de las amplias capas populares” (Schujman, 1979, pág. 110).

6. Cultura, Libertad, Estado y Cooperativismo

En su reciente visita al Brasil, Juan Pablo II, al referirse a los problemas de la cultura, condenó la coerción del poder, sea ésta política o económica, sobre el hecho cultural, señalando que éste “debe ser ayudado en todas las formas e iniciativas de acuerdo con el verdadero humanismo, con la tradición y con el espíritu auténtico de cada pueblo”, afirmando seguidamente que “la cultura nace libre y debe difundirse en un régimen de libertad”; la imposición cultural “además de contrastar con la libertad del hombre, pone obstáculos al proceso formativo de la propia cultura, que en su complejidad, desde la ciencia hasta la forma de vestirse, nace de la colaboración de todos los hombres” (Clarín, Buenos Aires, 3/VII/80).

Es perfectamente conocida –pero no suficientemente combatida– la acción desculturizadora de los medios de comunicación masiva en manos de quienes manejan la propaganda. La cultura adquiere forma de mercancía: hay que venderla, y no interesa qué desea comprar la gente con tal que lo haga en cantidad suficiente como para hacer posible la producción en masa.

De allí, de esos intereses, se deriva una cultura kitsch (en mosaico), un subproducto de lo que se denomina subarte; algo tan alejado de la llamada alta cultura como de la genuina cultura popular. A ello va unida una discriminación en el acceso a los medios de los auténticos creadores de cultura.

Esa manipulación, ese proceso de deculturización intencionado, que implica un desprecio, un odio a la participación en la vida social de la mayoría del pueblo, se expresa en forma abismante en el fascismo, donde hay una articulación de los intereses arriba mencionados con el aparato represivo del Estado:

“Es perceptible que a la primera fase de consolidación de los gobiernos fascistas correspondió una enconada lucha contra la cultura; la quema de libros, la expulsión de los representantes del saber, el confinamiento a círculos cada vez más cerrados de los créditos a investigadores, considerados como bizantinos y heterodoxos” (Martínez Estrada, op. Cit., páginas 92/93).

(5) Así, el manifiesto cooperativo de 1921, de un conjunto de científicos e intelectuales franceses (entre ellos Aftalión, Boule, Bouglé, Lévy-Bruhl, Mauss, Seignobos), a iniciativa de Charles Gide. La primera postguerra encontró diversos pronunciamientos de gobiernos en relación con la acción cooperativa; tanto en Francia como en Inglaterra, en Escandinavia como en Rusia.

Idéntica acción es ejercida por el Estado fascista con el cooperativismo. Son las instituciones democráticas, las organizaciones populares, escuelas de ejercicio de la democracia para el pueblo, las víctimas predestinadas del régimen fascista; entre ellas, las cooperativas.

En la Italia de la década del 20', en primer lugar, el fascismo trató de eliminar de la dirección del movimiento a quienes eran potenciales enemigos del régimen. El jerarca fascista Dino Alfieri argumentaba que la cooperación "fecunda escuela de responsabilidad de las masas laboriosas, no debe ser perturbada y desviada de su misión económica por la influencia política" (Bianco, op. Cit. Pág. 235). Bjo ese pretexto se recurrió tanto a métodos de violencia física como a una línea mórbida: se introdujeron hombres en puestos claves de las empresas cooperativas para paralizarlas políticamente, mantenerlas como simples organismos económicos; desarrollar campañas de descrédito de los dirigentes acusándolos de presuntas irregularidades administrativas; el allanamiento continuo de las entidades, etc. De esa manera, se redujo a menos de la mitad el número de las cooperativas italianas entre 1921 y 1933: se disuelve en 1925 la "Lega", confederación nacional de las cooperativas y se cierra en 1927 el periódico "La Cooperazione Italiana". En 1926 se constituye un Ente Nacional de Cooperativas, que desnaturalizó todo lo que quedaba de democrático en el movimiento.

En Alemania, el fenómeno adquirió características siniestras. En los años previos a la toma del poder por Hitler, bandas nazis "rompían y dañaban los establecimientos cooperativos, atacaban a sus empleados y amenazaban a sus clientes eventuales, sin que interviniera la policía, y hasta con su connivencia" (Watkins, 1975, págs. 245/246).

En 1933, Hitler es designado canciller del III Reich. El 2 de Mayo de ese año, el secretario general de la Alianza Cooperativa Internacional, Henry May, que se encontraba en Alemania alarmado por la situación del movimiento, llega al local de la Unión Central de Cooperativas de Consumo, en la ciudad de Hamburgo, y lo encuentra clausurado y con guardias nazis. En agosto de 1933, se disuelve la Unión Central, y las restantes entidades cooperativas son amalgamadas en un ente corporativo, el Reischbund, el que solicita su ingreso a la Alianza, cuyo Comité Ejecutivo rechazó, puesto que sus estatutos no cumplían los principios rochdaleanos (Watkins, op. Cit. Pág. 248; Alianza Cooperativa Internacional, 1934, págs. 89/94).

Un manto de represión cubre al cooperativismo, a otras manifestaciones sociales, a la cultura y a la vida misma, en los países del Eje y las naciones ocupados por éstos durante la guerra. El movimiento es destruido en Austria, Bélgica, Bulgaria, Checoslovaquia, Francia, Hungría, Noruega, Polonia, Rumania, Yugoslavia, etc. ⁽⁶⁾

⁽⁶⁾ Alianza Cooperativa Internacional, 1946, páginas 17-53.

En noviembre de 1939, al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, Henry May escribe par la Revista de la Cooperación Internacional un artículo titulado "Las Tareas de la Alianza en Tiempos de Guerra". Este -que fuera el último trabajo de May antes de su muerte- fue la piedra angular del programa de acción de la Alianza durante 1939-45. De él, extractamos algunos párrafos que nos parecen trascendentales: "Cada paso dado por las fuerzas de la agresión, durante el régimen del así llamado nacional-socialismo, ha restringido, disminuido y, en la mayor parte de los casos, destruido, la libertad, el carácter voluntario y autónomo de las sociedades cooperativas. Ejemplos flagrantes son Austria, Checoslovaquia y Polonia... Los intereses de los ciudadanos de un Estado son suficientes para reclamar el apoyo completo y cordial hacia todas las medidas tomadas para derrotar a todo sistema que amenaza así los Derechos del Hombre. Pero el objeto de la Cooperación es transformar el régimen económico capitalista y su expresión imperialista por nuestro simple plan de asociación equitativa que, aplicado a escala internacional utilizará en común los recursos naturales, coordinará los esfuerzos y las posibilidades económicas y suprimirá la guerra y la tiranía" (Reproducido en A.C.I.) op. Cit. Págs. 29/30. La traducción del francés es de G.G.).

La experiencia de la barbarie fascista puso en evidencia que la acción del Estado no sólo condiciona, sino que en situaciones límites determina la vida misma del movimiento. La cooperación no puede existir y desarrollarse si no trabaja concertadamente con todas las fuerzas progresistas por una sociedad democrática. Como expresara un delegado del movimiento cooperativo yugoslavo en el XVI Congreso de la Alianza, M. Vutkovich: “La democracia y la libertad son problemas de vida y muerte para el cooperativismo. Sin estas condiciones, éste no puede progresar en beneficio del pueblo. Las dos catástrofes mundiales que hemos sufrido nos han dado al respecto una preciosa experiencia. Nos e trata de emancipar la Cooperación en cada Estado, sino de obtener la ayuda eficaz del Estado democrático, dada a las fuerzas democráticas de la Cooperación” (Alianza Cooperativa Internacional, op. Cit., pág. 178).

7. La acción cultural

Hemos pretendido presentar un marco de referencia, tanto conceptual como genético, de las interrelaciones entre el hecho cooperativo y la cultura.

En ambos planos hemos centrado, tanto en el marco de los orígenes del movimiento, como en la experiencia de la última conflagración mundial, en la interrelación objetiva del estado del movimiento con el desarrollo cultural y social.

Este tema forma parte del rico debate teórico-práctico que se desarrolla en el movimiento cooperativo internacional en el mundo contemporáneo.

Creemos inconcluso este trabajo, si no esbozamos algunas líneas de acción prácticas y teórica, que, a nuestro juicio, deberían tenerse en cuenta en el cooperativismo nacional.

Extensión cultural

La actividad de educación y extensión cultural de las cooperativas debiera partir de la necesidad de su planificación, que tiene que tener en cuenta:

— La necesidad de responder a los problemas fundamentales de nuestro pueblo (economía, vivienda, salud, educación, participación en las decisiones que hacen a u destino).

— La difusión de las creaciones espirituales de mayor nivel, expresión de la cultura universal y nacional, tanto en el plano de la creación artística, la investigación científica, como asimismo de la tradición popular (folklore)

— El conocimiento de la tradición histórica nacional, latinoamericana y mundial.

El objetivo de estos puntos es la educación de nuestros miembros en los ideales de la cooperación, de la fraternidad universal, del respeto a las ideas, a las diversas tradiciones. Se trata de coadyuvar al desarrollo de personalidades sanas, con espíritu crítico, sin prejuicios raciales, religiosos e ideológicos.

La extensión cultural deberá estar íntimamente relacionada con la educación y capacitación cooperativa y coordinadas en la medida de lo posible en el plano institucional, aprovechando y afianzando los diversos canales de integración cooperativa (entidades de segundo grado, instituciones dedicadas a la educación cooperativa –como Idelcoop–, etc.).

Deberá evitarse el abordaje no científico de los temas, la selección de tópicos que hieran los sentimientos y creencias de los asociados y la comunidad. En una sociedad

como la nuestra, integrada por hombres de diversas concepciones filosóficas, religiosas, políticas e ideológicas, debe excluirse el sectarismo, que es lo más alejado de la concepción cooperativa.

Igual énfasis debe darse al cuidado en la utilización de los medios publicitarios, cuidando que tanto nuestros mensajes, como la forma y el contenido de los programas auspiciados, respondan a estos principios. El “rating” de una audición, la popularidad de un periodista o un artista, no debe ser ni el único ni el principal parámetro en la planificación de nuestra publicidad. No sólo debemos procurar vender buenos productos o servicios, sino venderlos bien. Nuestra propaganda debe ayudarnos a competir en el mercado, también en la señalización de nuestra diferencia con una empresa de mero espíritu de lucro.

La planificación, programación y ejecución de la labor cultural debe ser un mecanismo que facilite la participación del asociado en la vida de la cooperativa. Forma de receptor inquietudes, carencias y perspectivas, es semillero de colaboradores, muchos de los cuales con el tiempo se convertirán en dirigentes naturales de la cooperativa.

La gerencia y los consejos de administración deberán motivar y promover la creación y el buen funcionamiento de las subcomisiones de cultura, tanto en las cooperativas de dimensión reducida como en los diversos escalones de las grandes, p. Ej. En los bancos cooperativos integrados por numerosas filiales. En este último caso, se debe equilibrar las necesidades de planificación centralizada con los requerimientos específicos regionales, locales y barriales.

Las actividades culturales obligan a favorecer una mejor y más constante relación con otras entidades culturales, recreativas, de bien público, como asimismo con asociaciones científicas, profesionales y de artistas. También favorecen la relación institucional con los poderes públicos, especialmente con la Secretaría de Cultura de la nación, y las direcciones culturales provinciales y municipales. El movimiento cooperativo ha tenido y tiene experiencias positivas en este plano, como así también con universidades, otros institutos de educación superior, etc.

El contacto permanente con personalidades de las diversas disciplinas científicas, técnicas, artísticas, deportivas, recreativas, facilitará nuestro mejor programación y nos evitará caer en los multifacéticos mercaderes y manipuladores de la cultura. Asimismo, facilitará el acercamiento y el interés de estas personalidades en los principios y el accionar en nuestras entidades.

Investigación

La labor de extensión debe complementarse con líneas de estudio en profundidad acerca de la interrelación entre el cooperativismo y el desarrollo de la sociedad y la cultura nacional. Estas líneas de estudio tienen puntos nodales, que hacen necesario se encaren en forma colectiva, interdisciplinaria e intercooperativa. ⁽⁷⁾

Entre otros puntos a considerar en dichas líneas básicas de trabajo, consideramos de importancia:

(7) En este aspecto, un papel insoslayable debe ser ejercido por los centros de educación cooperativa y sus diversas instancias de coordinación, como la rama argentina de ALCECOOP.

— Entender a la formación de la cultura argentina como un proceso dinámico, en el que existen aportes de sectores de población de diversa proveniencia étnica (comunidades indígenas, criollos, emigrantes europeos, de países limítrofes y de otros continentes) y que la unidad cultural presupone también la diversidad de variaciones regionales (río-platense, noroeste, nordeste, sur, etc.) y expresiones rurales y urbanas.

— La continuidad entre el cuerpo de ideas y la acción de los hombres de la Generación del 37 —y sus antecedentes en Mayo—, la acción precursora de los migrantes que formaron las primeras colonias agrícolas después de Caseros (especialmente Peyret en Entre Ríos) y

— El desarrollo de la cooperación obrera y artesanal urbana a partir de la década del 80' —iniciada por emigrados franceses, italianos y alemanes— que se consustanciara con el surgimiento de los movimientos sociales de fin de siglo, y que se enlazara, especialmente en la rama del consumo, con uno de los aspectos de la labor práctica de Juan B. Justo, quien desarrollaría paralelamente una profunda fundamentación teórica del tema.

— La formación y crecimiento de formas multiactivas de cooperación en el campo.

— Las formas de cooperación y ayuda mutua de pequeños industriales, comerciantes y artesanos en relación al crédito, creando los primeros bancos y cooperativas de este tipo, como la casi simultánea aparición de las primeras cooperativas de servicios públicos en el sector urbano.

— Las iniciativas diversas de protección y fomento del cooperativismo, que se expresaran tanto en iniciativas legislativas como en los primeros Congresos Argentinos de la Cooperación, que culminaran con la sanción de la ley 11.388.

— Los ricos procesos posteriores, que desarrollan ramas como la del cooperativismo eléctrico en la década del 30', de trabajo e insumos en las décadas 40' y parte del 50'.

— Las profundas necesidades que los sectores medios de nuestra población se plantean a fines de la década del 50' frente a un cambio en la política económica y financiera, y que, como respuesta, da lugar a la ampliación de la cooperación de crédito, la que se transforma en un sistema al fundarse el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos en 1958, con un eje principal en el centro y sur de la provincia de Santa Fe, la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, con núcleos de desarrollo importantes en Córdoba, Cuyo y Tucumán y con proyecciones al resto del país; sus vicisitudes posteriores; la formación de OCA y la participación argentina; la década del 60' presenta la búsqueda de formas de coordinación y unidad de las diversas ramas del movimiento (COOPERA, CONINAGRO y el Consejo Intercooperativo Argentino); los ataques al movimiento a partir de 1966; el reconocimiento de su fuerza organizada, que da lugar a la sanción de la ley N° 20.337 de Cooperativas (1973).

— La política económica desde 1976 y su correlato en la política financiera; el surgimiento de los bancos cooperativos en número apreciable, a raíz de las necesidades de transformación; la nueva dimensión de la interrelación entre las cooperativas y las entidades de defensa gremial, especialmente en el agro, etc.

Todo este marco histórico incluye la interacción de experiencias diversas, de formaciones inéditas; el último período considerado representa también una coordinación y especialización a la vez en la educación cooperativa, tanto a nivel nacional como latinoamericano (Ej.: ALCECOOP).

En todo este proceso, el cooperativismo argentino se vincula a otras expresiones de la vida social y cultural; entidades vecinales, empresarias, sindicales, de fomento, profesionales, estudiantiles, etc. El cooperativismo forma parte de la rica y variada formación de entidades de base local y proyección nacional que son un elemento contemporáneo de la cultura argentina. Elemento renovador, con raíces en un pasado y una proyección donde lo internacional y lo argentino se enriquecen mutuamente.

Enriquecimiento que sintetiza aquella doble mirada que avizorara Echeverría: “El mundo de nuestra vida intelectual será a la vez nacional y humanitario. Tendremos siempre un ojo clavado en el progreso de las naciones y el otro en las entrañas de nuestra sociedad”.

BIBLIOGRAFIA CITADA

Alianza Cooperativa Internacional

1934 Compte rendu du Quatorzième Congrès... Londres, del 4 al 7 de septiembre de 1934. Imp. Nouvelle, Amiens.

1946 Compte rendu du Seizième Congrès... Zurich, 7 a 10 de octubre de 1946.

Bianco, Ilario

1975 Il Movimento Cooperativo Italiano. Milán

Boudot, Francois

1970 Problèmes et problématique dans l'histoire de la coopération en France. En: Revue des études coopératives, Paris, N° 161 3er. Trimestre, págs. 213-226

Encina, Francisco Antonio

1954 Resumen de Historia de Chile, Santiago, Zig-Zag, 3 tomos.

Escobar, Alberto, José Matos Mar y Giorgio Alberti.

1977 Cultura, sociedad y lengua. En_ Anuario Indigenista, México, Vol. XXXVII, diciembre, págs. 47-61

Garibaldi, Antonio

1965 Cooperativas y Cooperativismo. Buenos Aires, Intercoop.

Herskovits, Melville

1952 El Hombre y sus Obras. México, F.C.E., la edición en español.

Ki-Zerbo, Joseph

1979 De la Naturaleza bruta a la Humanidad Liberada. En_ Correo de la UNESCO, París, agosto-setiembre.

Lasserre, Georges

1976 Morales de classes et morale coopérative. En: Revue des études coopératives, Paris, N° 186, 4° trimestre, págs. 23/41.

Luz-Filho, Fabio

1970 Les origines du mouvement coopératif brésilien et ses caractéristiques actuelles. En: Revue des études coopératives. Paris, N° 160, 2do. Trimestre, págs. 105-120.

Martínez Estrada, Ezequiel

1967 Análisis funcional de la cultura. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Orta Nadal, Ricardo

1953 Un aspecto de la historiografía y etnología jesuítica del litoral. La idea de cultura en José Manuel Peramás. En: Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la U.N.L., Rosario, año I, N° 1, págs. 149/180.

Schujman, León

1979 Educación Cooperativa, fines y contenido. En_ Cooperativismo. Rosario, Ediciones Idelcoop, págs. 107-126.

Watkins, William Pascoe

1973 La Alianza Cooperativa Internacional 1895-1970. Buenos Aires. Intercoop.